

5.1

Incertidumbres sobre los factores de radicalización

Luis de la Corte Ibáñez

Esta mesa habla de certezas e incertidumbres, y yo he optado por centrarme en las incertidumbres, pese a que muchas de ellas ya se han mencionado en intervenciones anteriores. De modo que la mía será necesaria e inevitablemente decepcionante. Porque cuando uno acude una charla como esta se supone que busca respuestas. Y, sin embargo, yo no les voy a dar respuestas, ya que me voy a ocupar de asuntos sobre los que no hay posiciones consensuadas. Yo al menos creo que sobre la naturaleza de los procesos de radicalización violenta —más concretamente, sobre la radicalización violenta de inspiración yihadista— solo existe una variedad de respuestas más o menos tópicas, a las que todos acudimos y sobre las que discutimos sin haber llegado aún a conclusiones verdaderamente concluyentes, si la expresión es admisible. Y lo mismo cabe decir respecto a nuestro conocimiento sobre la relación entre los procesos de radicalización violenta y los esfuerzos e iniciativas promovidas para prevenir o rehabilitar a las personas que corran riesgo de radicalizarse o que se radicalizaron y llegaron a participar en actividades terroristas. Así que lo que voy a hacer a continuación es problematizar el asunto de la radicalización yihadista. Eso sí, tomando en cuenta lo que han dado de sí las investigaciones y los debates suscitados por ese tema, que no ha sido poco. La cuestión es mostrar lo complicado que es este asunto, al menos bajo mi modesto punto de vista.

Empecemos por el principio. Normalmente hablamos de radicalización violenta para referirnos a aquellos procesos o experiencias que propician que personas digamos “normales” (psicológicamente normales) y pacíficas acaben asumiendo posiciones radicales y se involucren, de forma directa o indirecta, en actividades violentas que esté dirigidas a promover una causa política o religiosa. No sé si reconocen al individuo de esta foto, pero fue uno de los autores de los atentados que se perpetraron en París en enero de 2015. Por lo que sabemos, el proceso de radicalización violenta experimentando por individuos como ese —todavía no estoy problematizando nada— incorpora al menos dos dimensiones de las que ya se ha hablado bastante en las intervenciones anteriores. Tiene una dimensión que implica ciertos

cambios psicológicos en las personas afectadas, un cambio que afecta a su manera de ver las cosas —a sus cogniciones, diríamos en Psicología—, a sus actitudes y sus comportamientos. Al mismo tiempo, o quizá después, implica también un proceso de ideologización o cambio ideológico; es decir, un proceso que conduce a adoptar ciertas ideas que tienen contenido político o, en el caso yihadista, político y religioso. Esto está bastante claro y es difícil discutirlo. Podemos discrepar sobre si los aspectos psicológicos tienen más peso que los ideológicos o sobre cuáles van primero y cuáles van después. Pero es indiscutible que esas dos dimensiones forman parte de las experiencias de radicalización violenta.

También parece evidente que esas experiencias, como señalaba el profesor Torres esta mañana, son resultado de la influencia de múltiples variables con distinto peso para cada caso individual o tipo de colectivos, dependiendo también de situaciones sociales, los países, etc. Otra forma interesante de concebir los procesos de radicalización violenta, que también está siendo considerada en los últimos años desde las Ciencias Sociales, es como un proceso epidemiológico, porque en cierto sentido las dinámicas de radicalización violenta tienen una dimensión epidemiológica. Hay un elemento de contagio en esas dinámicas cuando están relacionadas con la violencia yihadista y también lo hay en las que están asociadas a otro tipo de ideologías que igualmente propugnan acciones y comportamientos violentos. Utilizando un lenguaje típicamente clínico, puede decirse que hay un agente infeccioso (la ideología radical) que procura colonizar a personas y grupos; que ello requiere actuar en un medio (ese medio es un medio social, caracterizado por variables de tipo político, económico, cultural, etc.); y hay un entorno, también social, más inmediato y limitado, donde habitan las personas que son susceptibles de radicalizarse y en el que actúan distintos elementos que permiten la transmisión de ese agente infeccioso que son las ideologías radicales.

Todo lo anterior está más o menos claro, con matices distintos dependiendo del enfoque teórico. Pero a partir de ahí, brotan toda una serie de cuestiones, planteadas en términos de hipótesis en el campo académico y en otros términos más contundentes y drásticos fuera de aquél. A veces, se plantean como verdades indiscutibles. Sin embargo, cuando uno entra a analizarlas, ve que no son tan indiscutibles. Voy a mencionar solo algunas de esas cuestiones y no me extenderé demasiado, porque prefiero dar una visión de conjunto que hacer ningún análisis muy detallado, para lo que tampoco tendría tiempo. No voy a ser exhaustivo, pero sí voy a mencionar las que yo creo que son incertidumbres o cuestiones que deben considerarse como inciertas en alguna medida.

La primera cuestión a la que todavía hoy es difícil dar una respuesta definitiva es de la de ¿qué personas son más vulnerables a la radicalización? Desde las Ciencias So-

ciales se pueden adoptar distintos enfoques para entrar en este debate. Voy a citar los más relevantes. Podemos atender sobre todo a variables de carácter sociodemográfico que permitan identificar los grupos de riesgo. Es decir, centrar nuestra atención sobre aquellos colectivos que, dentro de una sociedad, tienen más probabilidades de radicalizarse o entre cuyos miembros ha habido más casos de radicalización. También podemos centrarnos en aspectos puramente psicológicos: ver si todas las personas que se radicalizan, o la mayoría de ellas, coinciden en unos atributos psicológicos concretos. Por último, podemos considerar variables socio-ambientales, explorando cuáles son las relaciones y los escenarios sociales en los que se mueven las personas que acaban radicalizándose, sobre todo durante el proceso de radicalización.

Cuando se analiza la cuestión desde estas tres ópticas (mejor si se combinan las tres) se puede encontrar mucha información útil. El problema es que, como en otras de las incertidumbres que voy a mencionar después, casi para cada ejemplo se puede encontrar un contraejemplo. Es decir, podemos identificar un grupo de riesgo donde haya más casos de radicalización, pero en ese mismo grupo de riesgo encontraremos a muchas personas que no se han radicalizado. Podemos identificar características de psicología individual que se repiten en cierta medida en personas radicalizadas, pero esas mismas características las podemos identificar también en muchas personas que no se radicalizan. Y lo mismo ocurre con los factores de carácter socioambiental. Por ejemplo, el contacto con personas extremistas es obviamente un factor de riesgo fundamental, pero muchos individuos que entran en contacto con escenarios frecuentados por individuos extremistas no se radicalizan. La existencia y relevancia de estos contraejemplos anula la posibilidad de enunciar una respuesta contundente a la pregunta sobre las personas que pueden ser más vulnerables o propensas a radicalizarse.

Reflexionemos sobre una de las tesis más populares acerca de las causas de la radicalización yihadista en países occidentales. La idea de que la radicalización yihadista es consecuencia de problemas de integración está en la base de la filosofía con la que se han desarrollado la mayoría de los programas de prevención de la radicalización en países europeos. De hecho, durante mucho tiempo ha sido un dogma indiscutido. Si una persona se radicaliza en el yihadismo es porque está mal integrada. Este razonamiento tiene una corroboración real o aparente en el discurso de las propias personas radicalizadas: cuando lo analizas parece evidente que esas personas no están integradas o están desintegradas. No se sienten parte de la sociedad en la que viven y se posicionan en contra suya. Manifiestan que se sienten discriminados, maltratados. Lo que puede ser verdad o no, o ser una verdad a medias. La tesis que relaciona los procesos de radicalización yihadista con problemas de integración tiene, además, graves inconvenientes cuando trasciende el debate académico y se aplica a la inter-

pretación de actos terroristas recién perpetrados. Cuando se da a conocer que el perpetrador es musulmán, de inmediato se alude al asunto del problema de integración, y el problema se olvida en cuanto desaparece la violencia, hasta que vuelve a aparecer. En consecuencia, el problema se sobre-generaliza, fomentando la suposición de que todos o la mayoría de los musulmanes que viven en países occidentales acusan un déficit de integración. Quizá estoy exagerando un poco a este respecto, pero creo que no demasiado. Volviendo al asunto de la radicalización, no digo, y quiero subrayarlo, que no existan problemas de integración. Y tampoco digo que dichos problemas, allí donde los haya, no sean un factor de riesgo para la radicalización violenta. Pero los problemas de integración no pueden explicarlo todo y creo que sobran los argumentos para justificar tal afirmación.

Los problemas de integración no pueden justificarlo todo, en primer lugar, porque hay distintas formas de hacerles frente y, de hecho, eso es lo que ocurre. ¿Qué porcentaje de personas que componen las poblaciones musulmanas en países europeos tiene problemas de integración? Habría que determinarlo, pero es seguro que la mayoría de ellas no recurren a la violencia extremista de inspiración yihadista como salida a esos problemas. En segundo lugar, donde la radicalización yihadista es más frecuente no es en los países occidentales —de esto nos olvidamos a menudo—, sino en los países musulmanes. Ustedes me dirán: “Claro, por estadística tiene que ser así”. Efectivamente, pero eso significa que, para radicalizarse, no hace falta sentirse extraño en el país donde se vive; ese sentimiento no supone una condición ni necesaria ni suficiente para radicalizarse. Hay muchas personas que se han radicalizado en el yihadismo y que han tenido durante años una vida de plena integración. Es verdad que el propio concepto de integración es polisémico y ha dado lugar a controversias. ¿Qué es estar integrado? Hay distintas dimensiones (socioeconómica, cultural, etc.) de la experiencia de integración exitosa o fallida. Pero el caso es que cuando se examina la trayectoria de muchos individuos que han participado en actividades terroristas de inspiración yihadista en países occidentales se observa que antes de radicalizarse, habían pasado por una etapa de al menos aparente integración. Y ¿qué ocurre con la radicalización de los conversos? Los conversos son individuos que, precisamente porque han abrazado una versión radical de la religión islámica, a partir de cierto momento se convierten en extremistas, pero que no crecieron en una situación que los pudiera llevar a deducir que ellos eran ciudadanos de segunda. La explicación de la radicalización yihadista de los conversos, que son una minoría —pero con un porcentaje creciente en Europa—, es antitética a la hipótesis de la integración fallida. En último término, yo decía antes que una prueba contundente de la relación entre problemas de integración y radicalización podría ser el propio discurso de los radicalizados. Y es cierto. Pero también puede plantearse la cuestión al revés. ¿No será

que los problemas de integración son un efecto, y no una causa, de la radicalización? Un efecto propiciado por el propio discurso que se internaliza. A veces sí, a veces no. Así que insisto por última vez: no digo que no haya problemas de integración, ni que no haya que trabajar para prevenirlos y evitarlos, ni tampoco que no sea un factor de riesgo de cara a la radicalización. Pero no se debe olvidar que los problemas de integración no llevan necesariamente a la radicalización y ésta puede ocurrir y, de hecho, ocurre a menudo, entre individuos que no se sienten desarraigados por razón de su origen o ascendencia.

Antes decía que tenemos una casuística muy variada de personas con rasgos sociales y psicológicos, influencias ambientales y experiencias diversas que se radicalizan y otras personas con iguales características que no se radicalizan. ¿Cómo es posible? Una respuesta tentativa es que hay factores de protección —este es un concepto que también se utiliza mucho en epidemiología—. Es decir, hay algunas características y circunstancias podrían prevenir que una persona se radicalice, aunque viva experiencias favorables a la radicalización, como familiarizarse con ideologías extremistas que propugnan la violencia o conocer y tratar a individuos radicalizados u otros agentes de radicalización. Desde luego, identificar esos factores de protección, si es que realmente existen, podría darnos una de las claves de las políticas de prevención. Si hay un factor que previene la radicalización, como sabemos que hay factores que previenen otro tipo de actividades delictivas, habremos recorrido una buena parte del camino. Hay diferentes variables que podrían desempeñar ese papel protector: vivir en sociedades pluralistas y cohesionadas; tener la oportunidad de expresar frustraciones y demandas por vías no violentas; tener fuertes lazos familiares, de amistad y comunitarios; adquirir una comprensión adecuada de la propia religión; estar expuesto a mensajes ideológicos moderados que funcionen como vacuna contra mensajes ideológicos extremistas (fenómeno que la Psicología social define como “inoculación a la persuasión”). Todo esto tiene lógica, pero resulta que con esos presuntos factores protectores sucede lo mismo que con los factores de riesgo: personas que han vivido en sociedades pluralistas y cohesionadas en Occidente, que tienen oportunidades para expresar frustraciones y demandas, que tienen fuertes lazos familiares, de amistad y comunitarios, que al menos inicialmente han tenido una adecuada comprensión de la religión o han abrazado una visión de la religión moderada y se han visto expuestos a mensajes moderados ... también han llegado a radicalizarse.

Otra cuestión sobre la que existe bastante incertidumbre tiene que ver con marca la diferencia entre lo que algunos especialistas denominan respectivamente como “radicalización cognitiva” y la “radicalización conductual”. Una de las evidencias empíricas que están bien constatadas es que no es lo mismo ser extremista que dar el paso al extremismo violento. Muchas personas pueden compartir el ideario yihadista

y nunca llegar a implicarse, ni directa ni indirectamente, en la promoción del yihadismo como actividad terrorista. Esto es coherente con los estudios realizados durante décadas en Psicología Social sobre la relación entre actitudes y conductas, en los que se ve que hay una discontinuidad entre ambas. A veces las actitudes pueden predecir una conducta, pero no siempre lo permiten, porque las actitudes no son lo único que determina que lo que piensas y prefieres se transforme en comportamientos coherente con los propios pensamientos y preferencias. Existen factores de motivación, capacidad u oportunidad de los que también depende que las propias ideas se lleven a la práctica o no. Si compartes el ideario yihadista pero no entras en contacto con un grupo yihadista en el que integrarte es menos probable que te impliques en una actividad violenta. Tampoco es probable que des el paso a la violencia si crees que no estás capacitado para ello, si no te atreves, o si no encuentras la oportunidad de realizar el tipo de acción violenta que consideras necesaria o idónea para tus propósitos. Estas explicaciones son correctas, pero tampoco lo explican todo. Por ejemplo, algunos de los terroristas que realizan atentados en solitario no han sido movilizados por otras personas. Se movilizan ellos solos. Si uno quiere promover una acción terrorista muy sofisticada es bastante difícil que lo consiga —incluso que lo intente— si no está integrado en una organización terrorista. Pero muchas de las acciones terroristas que hemos visto en los últimos años han consistido en operaciones poco sofisticadas que no requieren grandes capacidades ni oportunidades demasiado complejas.

Voy terminando. ¿En qué medida han funcionado los programas y planes de prevención de la radicalización violenta? Como decía Diego Muro, hay una enorme variedad de programas y planes que han sido diseñados y, hasta cierto punto, se han implementado en los últimos años en los países europeos para tratar de prevenir la radicalización violenta. La cuestión es si han funcionado o no y hasta qué punto lo han hecho. Desde luego, las dinámicas de radicalización yihadista han continuado desarrollándose muchos años después de que se hayan empezado a implementar esos programas, lo cual indica que no ofrecen una solución perfecta. En realidad, ningún programa de prevención es una solución perfecta, así que eso tampoco debería sorprendernos mucho. Lo cierto es que muchos de esos programas preventivos no se han implementado del todo porque hacerlo tiene costes importantes. No basta con escribir un buen programa, sino que hay que implementarlo y eso requiere recursos. Lamento decirlo, pero existen muchos casos, como el de España, donde los planes de prevención de la radicalización no han ido acompañados de la suficiente dotación de recursos para ponerlos en práctica de forma íntegra. Hablo de todo tipo de recursos, no solo económicos sino también institucionales, humanos y otros. Hay un tercer problema para responder a la pregunta de si la prevención funciona o no y es que, cuando se trata de prevenir algo, lo que se previene no ocurre y como no ocurre no

llama la atención y como no llama la atención no se contabiliza. Por eso, es muy difícil evaluar los programas de prevención. Muchos de ellos, incluso, no incorporan criterios ni indicadores suficientemente precisos para evaluar si están siendo efectivos o no. Esto va cambiando poco a poco, pero aún queda bastante camino por recorrer. Además, hay pocas investigaciones comparadas que hayan contrastado los resultados arrojados por distintos planes aplicados a escenarios parecidos para ver si han funcionado o no.

La última incógnita difícil de despejar es hasta qué punto pueden inducirse dinámicas de desradicalización. Aquí estaríamos hablando del proceso inverso al que describía al principio: tenemos un individuo radicalizado que ya está implicado o que querría implicarse en acciones violentas y pasa algo o tratamos de que pase algo para que cambie. La cuestión es si eso es “desradicalización”. Como señalaba Diego Muro, puede ser desvinculación o desistimiento de la actividad militante. Y en muchos programas esto no se aclara. Algunos tienen claro el objetivo, pero otros mezclan los objetivos. Se ha mencionado antes el caso de Francia, con esa práctica experimental que el propio Gobierno francés reconoció que no funcionaba. Ojo, no reconoció que haya que abandonar cualquier intento de buscar la desradicalización, sino sencillamente que ese experimento en concreto no había funcionado. Esto es bastante complicado porque, tanto si hablamos de desvinculación y desistimiento como si hablamos de desradicalización, se tienen que dar unas condiciones. Esas condiciones pueden tener que ver con factores de oportunidad y capacidad. Cuando el terrorista ve que no tiene la oportunidad ni la capacidad para seguir llevando a cabo una actividad militante efectiva, puede pensar que quizá ya no merece la pena seguir. Las condiciones también pueden tener que ver con motivaciones de expulsión o presión (lo que los académicos anglosajones llaman *push factors*); es decir, sentimientos que generen en el terrorista la sensación de que ya no se encuentra bien en el grupo, que el grupo no le da lo que le daba, que el grupo no genera más que experiencias y consecuencias negativas. O puede tener que ver con motivaciones de atracción (lo que los académicos anglosajones llaman *pull factors*): no es que te sientas mal en el grupo, sino que hay cosas fuera del grupo a las que tú querrías llegar y no puedes hacerlo si sigues dentro de él.

No cabe duda de que fomentar la desradicalización de un terrorista es todavía más complicado que prevenir la radicalización violenta. En principio, requiere voluntad de desideologizarse o desidentificarse con el grupo. A su vez, eso tiene toda una serie de correlatos psicológicos que subyacen a ese proceso de desradicalización y desidentificación. Puede tener que ver con conflictos de valores, con fuentes alternativas de sentido, con la implicación en nuevas redes sociales que no tengan nada que ver con las redes extremistas o con la cobertura de necesidades que antes satisfacía el

grupo extremista y que ahora puedan verse satisfechas fuera de él. Pero es bastante difícil comprobar si, cuando una persona se desradicaliza lo ha hecho por influencia de variables conocidas que se han tratado de controlar y manipular o por factores ajenos al propio conocimiento y sobre los que no se tiene control alguno. Además, los programas que se han aplicado son muy distintos entre sí. No siempre está claro si un programa busca la desradicalización o la simple desvinculación. Los beneficios que se le prometen a terroristas convictos y confesos si se avienen a participar en programas de desenganche y desradicalización hacen sospechar de la sinceridad de los sujetos que aceptar implicarse en ellos. ¿Es la falta de reincidencia en actividades terroristas una prueba suficiente de que un programa de desradicalización ha cumplido sus objetivos? En el corto plazo, es discutible que lo sea. Y, finalmente, está el asunto de los costes y los problemas de la implementación, en los que no hay tiempo para entrar, pero que son evidentes.

Las conclusiones de mi intervención creo que son bastante evidentes. Aunque hay un avance notable en el conocimiento sobre las cuestiones relacionadas con los procesos de radicalización y desradicalización violenta, también sigue habiendo mucha incertidumbre al respecto. Ambos fenómenos son difíciles de aprehender. Sin embargo, adoptar una actitud pesimista, renunciar a todo esfuerzo para prevenir la radicalización de individuos y colectivos en riesgo o promover la desradicalización de terroristas tampoco es una opción. En los próximos años, los países europeos vamos a tener muchos terroristas que van a salir de las prisiones y muchos otros que van a entrar en ellas y que, más tarde o más temprano, también saldrán. Por eso, será más o menos posible desradicalizar. Pero nuestras incertidumbres no pueden servir de excusa: hay que seguir intentarlo de una u otra manera, aprendiendo de los errores.